

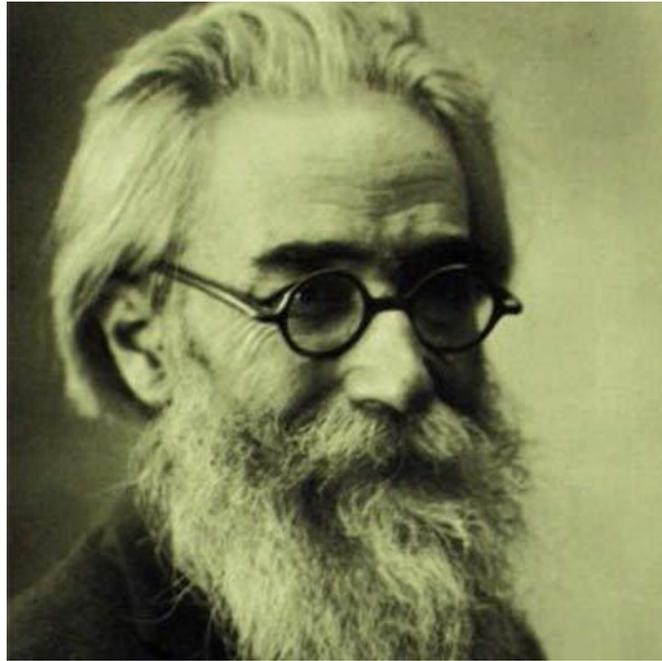
REVISTA LITERARIA KATHARSIS

Tragedia de ensueño
Comedia de ensueño

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN (1869 1936)



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)



RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN (1869-1936)

Nació en Puebla de Caramiñal, Coruña, (otros aseguran que fue en Villanueva de Arosa, Pontevedra). Fue una de las figuras más extraordinarias y portentosas de nuestra literatura del siglo veinte. Su vida real y su vida legendaria están mezcladas de tal modo (como en ciertos personajes suyos, tal como el “Marqués de Bradomín” o “Don Juan Manuel Montenegro”), que difícilmente podría un biógrafo atento discernir lo que es realidad de lo que es pura ficción en la vida de este escritor.

Lo que sí sabemos con certeza es que en la primera etapa de su vida estuvo en México, y otros países hispanoamericanos, y que ya a finales del siglo XIX era famoso en Madrid por su extravagante vestimenta. Luego alternaba su estancia entre en Madrid y Galicia. A consecuencia de un duelo que tuvo con un contertuliano, tuvieron que amputarle el brazo derecho para evitar la gangrena. Se casó con la actriz Josefina Blanco, y tuvieron varios hijos. El matrimonio no fue feliz y terminó en separación. Entre otros cargos públicos, desempeñó en Roma el puesto de director de la Academia de Bellas Artes para pensionados españoles.

En cuanto a su faceta de escritor, Valle-Inclán es ante todo un consumado estilista. Podemos observar varias facetas estilísticas a lo largo de su obra, pero sobresalen dos bien distintas: en la prosa o narrativa, el modernista de primera época, de delicados coloridos y exquisita musicalidad las *Sonatas*, *Flor de santidad*, etc.), y en la segunda, el satírico, violento y caricaturesco, de colores fuertes y chillones, que caracteriza su producción ulterior (*Farsa y licencia de la reina castiza*, los *Esperpentos*, etc). En el teatro, observamos las mismas características estilísticas: *Cuento de abril*, *La cabeza del Bautista*, *Divinas palabras*, *Comedias bárbaras*, entre otras. En poesía, aunque no tan abundante, sigue casi los mismos cánones: *La pipa de Kif*, *Aromas de leyenda*, *El pasajero*, *Voces de gesta*.

TRAGEDIA DE ENSUEÑO

Han dejado abierta la casa y parece abandonada... El niño duerme fuera, en la paz de la tarde que agoniza, bajo el emparrado de la vid. Sentada en el umbral, una vieja mueve la cuna con el pie mientras sus dedos arrugados hacen girar el buso de la rueca. Hila la vieja, copo tras copo, el lino moreno de su campo. Tiene cien años, el cabello plateado, los ojos faltos de vista, la barbeta temblorosa.

LA ABUELA.-¡Cuántos trabajos nos aguardan en este mundo! Siete hijos tuve, y mis manos tuvieron que coser siete mortajas!... Los hijos me fueron dados para que conociese las penas de criarlos. Y luego, uno a uno, me los quitó la muerte cuando podían ser ayuda de mis años. Estos tristes ojos aún no se cansan de llorarlos. ¡Eran siete reyes, mozos y gentiles!... Sus viudas volvieron a casarse, y por delante de mi puerta vi pasar el cortejo de sus segundas bodas, y por delante de mi puerta vi pasar después los alegres bautizos... ¡Ah! Solamente el corro de mis nietos se deshojó como una rosa de mayo... ¡Y eran tantos que mis dedos se cansaban hilando día y noche sus pañales!... A todos los llevaron por ese camino donde cantan los sapos y el ruisenior. ¡Cuánto han llorado mis ojos! Quedé ciega viendo pasar sus blancas cajas de ángeles. ¡Cuánto han llorado mis ojos y cuánto tienen todavía que llorar! Hace tres noches que aúllan los perros a mi puerta. Yo esperaba que la muerte me dejase este nieto pequeño, y también llega por él... ¡Era, entre todos, el que más quería! ... Cuando enterraron a su padre aún no era nacido. Cuando enterraron a su madre aún no era bautizado... ¡Por eso era, entre todos, el que más quería! ... Ibale criando con cientos de trabajos. Tuve una oveja blanca que le servía de nodriza, pero la comieron los lobos en el monte... ¡Y el nieto mío se marchita como una flor! ¡Y el nieto mío se muere lenta, lentamente, como las pobres estrellas, que no pueden contemplar el amanecer!

La vieja llora y el niño se despierta. La vieja se inclina sollozando sobre la cuna, y con las manos temblorosas la recorre a tientas, buscando dónde está la cabecera. Al fin se incorpora con el niño en brazos. Le oprime contra el seno, árido y muerto, y lloran hilo a hilo sus ojos ciegos. Con las lágrimas detenidas en el surco venerable de las arrugas canta por ver de acallarle. Canta la abuela una antigua tonadilla. Al oírla se detienen en el camino tres doncellas que vuelven del río, cansadas de lavar y tender, de sol a sol, las ricas ambas de hilo de Arabia. Son tres hermanas azafatas en los palacios del Rey. La mayor se llama ANDARA, la mediana ISABELA, la pequeña ALADINA.

LA MAYOR.-¡Pobre abuela, canta para matar su pena!

LA MEDIANA.-¡Canta siempre que llora el niño!

LA PEQUEÑA.-¿Sabéis vosotras por qué llora el niño?... Aquella oveja blanca que le criaba se extravió en el monte, y por eso llora el niño...

LAS DOS HERMANAS.-¿Tú le has visto?... ¿Cuándo fue que le has visto?

LA PEQUEÑA.-Al amanecer le vi dormido en la cuna. Está más blanco que la espuma del río donde nosotras lavamos. Me parecía que mis manos, al tocarle, le llevaban algo de su vida, como si fuese un aroma que las santificase.

LAS DOS HERMANAS.-Ahora al pasar nos detendremos a besarle.

LA PEQUEÑA.-¿Y qué diremos cuando nos interrogue la abuela?... A mí me dio una tela hilada y tejida por sus manos para que la lavase, y, al mojarla, se la llevó la corriente...

LA MEDIANA.-A mí me dio un lenzuelo de la cuna y, al tenderlo al sol, se lo llevó el viento...

LA MAYOR.-A mí me dio una madeja de lino, y, al recogerla del zarzal donde la había puesto a secar, un pájaro negro se la llevó en el pico...

LA PEQUEÑA.-¡Yo no sé qué le diremos!

LA MEDIANA.-Yo tampoco, hermana mía.

LA MAYOR.-Pasaremos en silencio. Como está ciega, no puede vernos.

LA MEDIANA.-Su oído conoce las pisadas.

LA MAYOR.-Las apagaremos en la yerba.

LA PEQUEÑA.-Sus ojos adivinan las sombras.

LA MAYOR.-Hoy están cansados de llorar.

LA MEDIANA.-Vamos, pues, por la orilla del camino, que es donde la yerba está crecida.

Las tres hermanas, ANDARA, ISABELA y ALADINA, van en silencio andando por la orilla del camino. La vieja levanta un momento los ojos sin vista. Después sigue meciendo y cantando al niño. Las tres hermanas, cuando han pasado, vuelven la cabeza. Se alejan y desaparecen, una tras otra, en la revuelta. Allá, por la falda de la colina, asoma un pastor. Camina despacio, y, al andar, se apoya en el cayado. Es muy anciano, vestido todo de pieles, con la barba nevada y solemne. Parece uno de aquellos piadosos pastores que adoraron al Niño Jesús en el Establo de Belén.

EL PASTOR.-Ya se pone el sol. ¿Por qué no entras en la casa con tu nieto?

LA ABUELA.-Dentro de la casa anda la muerte. ¿No la sientes batir las puertas?

EL PASTOR.-Es el viento que viene con la noche...

LA ABUELA.-¡Ah!... ¡Tú piensas que es el viento!... ¡Es la muerte! ...

EL PASTOR.-¿La oveja no ha parecido?

LA ABUELA.-La oveja no ha parecido, ni parecerá...

EL PASTOR.-Mis zagales la buscaron dos días enteros... Se han cansados ellos y los canes...

LA ABUELA.-¡Y el lobo ríe en su cubill!...

Ei. PASTOR.-Yo también me cansaré buscándola.

LA ABUELA.-¡Y todos nos cansaremos!... Solamente el niño seguirá llamándola en su lloro, y seguirá, y seguirá...

EL PASTOR.-Yo escogeré en mi rebaño una oveja mansa.

LA ABUELA.-No la hallarás. Las ovejas mansas las comen los lobos.

EL PASTOR.-Mi rebaño tiene tres canes vigilantes. Cuando yo vuelva del monte le ofreceré al niño una oveja con su cordero blanco.

LA ABUELA.-¡Ah! ¡Cuánto temía que la esperanza llegase y se cobijara en mi corazón como en un nido viejo abandonado bajo el alar!...

EL PASTOR.-La esperanza es un pájaro que va cantando por todos los corazones.

LA ABUELA.-Soy una pobre desvalida, pero mientras conservasen tiento mis dedos, hilarían para tu regalo cuanta lana diere la oveja. ¡Pero no vivirá el nieto mío!... Hace ya tres días, desde que aullan los perros, cuando le alzo de la cuna siento batir sus alas de ángel como si quisiese aprender a volar...

Vuelve a llorar el niño, pero con un vagido cada vez más débil y desconsolado. Vuelve su abuela a mecerle con la antigua tonadilla. El pastor se aleja lentamente, pasa por un campo verde, donde están jugando a la rueda... Canta el corro infantil la misma tonadilla que la abuela. Al deshacerse, unas niñas con la falda

llena de flores se acercan a la vieja, que no las siente, y sigue meciendo a su nieto. Las niñas se miran en silencio y se sonríen. La abuela deja de cantar y acuesta al nieto en la cuna.

LAS NIÑAS.-¿Se ha dormido, abuela?

LA ABUELA.-Sí, se ha dormido.

LAS NIÑAS.-¡Qué blanco está!... ¡Pero no duerme, abuela!... Tiene los ojos abiertos... Parece que mira una cosa que no se ve...

LA ABUELA.-¡Una cosa que no se ve!... ¡Es la otra vida!...

LAS NIÑAS.-Se sonríe y cierra los ojos...

LA ABUELA.-Con ellos cerrados seguirá viendo lo mismo que antes veía. Es su alma blanca la que mira.

LAS NIÑAS.-¡Se sonríe!... ¿Por qué se sonríe con los ojos cerrados?

LA ABUELA.-Sonríe a los ángeles.

Una ráfaga de viento pasa sobre las sueltas cabelleras, sin ondularlas. Es un viento frío que hace llorar los ojos de la abuela. El nieto permanece inmóvil en la cuna. Las niñas se alejan pálidas y miedosas, lentamente, en silencio, cogidas de la mano.

LA ABUELA.-¿Dónde estáis?... Decidme. ¿Se sonríe?

LAS NIÑAS.-No, ya no se sonríe...

LA ABUELA.-¿Dónde estáis?

LAS NIÑAS.-Nos vamos ya...

Se sueltan las manos y huyen. A lo lejos suena una esquila. La abuela se encorva escuchando... Es la oveja familiar, que viene para que mame el niño. Llega como el don de un Rey Mago, con las ubres llenas de bien. Reconoce los lugares y se acerca con dulce balido. Trae el vellón peinado por los tojos y zarzas del monte. La vieja extiende sobre la cuna las manos para levantar al niño. ¡Pero las pobres manos arrugadas, temblonas y seniles, hallan que el niño está yerto!

LA ABUELA.-¡Ya me has dejado, nieto mío! ¡Qué sola me has dejado! ¡Oh! ¿Por qué tu alma de ángel no puso un beso en mi boca y se llevó mi alma cargada de penas?... Eras tú como un ramo de blancas rosas en esta capilla triste de mi vida... Si me tendías los brazos, eran las alas inocentes de los ruseñores que encantan en el Cielo a los Santos Patriarcas. Si me besaba tu boca, era una ventana llena de sol que se abría sobre la noche... ¡Eras tú como un cirio de blanca cera en esta capilla oscura de mi alma!... ¡Vuélveme al nieto mío, muerte negra!... ¡Vuélveme al nieto mío!...

Con los brazos extendidos, entra en la casa desierta, seguida de la oveja. Bajo el techado resuenan sus gritos. Y el viento anda a batir las puertas.

COMEDIA DE ENSUEÑO

Una cueva en el monte, sobre la encrucijada de dos caminos de herradura. Algunos hombres, a caballo, llegan en tropel, y una vieja asoma en la boca de la cueva. Su figura se destaca por oscuro sobre el fondo rojizo donde llamea el fuego del hogar. Es la hora del anochecer, y las águilas que tienen su nido en los peñascales se ciernen con un vuelo pesado que deja oír el golpe de las alas.

LA VIEJA.-¡Con cuánto afán os esperaba, hijos míos! Desde ayer tengo encendido un buen fuego para que podáis calentaros. ¿Vendréis desfallecidos?

LA VIEJA éntrase en la cueva, y los hombres descabalgan. Tienen los rostros cetrinos, y sus pupilas destellan el blanco de los ojos con extraña ferocidad. Uno de ellos queda al cuidado de los caballos, y los otros, con las alforjas al hombro, penetran en la cueva y se sientan al amor del fuego. Son doce ladrones y EL CAPITÁN.

LA VIEJA.-¿Habéis tenido suerte, hijos míos?

EL CAPITÁN.-¡Ahora lo veréis, Madre Silvia! Muchachos, juntad el botín para que puedan hacerse las particiones.

LA VIEJA.-Nunca habéis hecho tan larga ausencia.

EL CAPITÁN.-No requería menos el lance, Madre Silvia.

LA MADRE SILVIA tiende un paño sobre el hogar, y sus ojos acechan avarientos cómo las manos de aquellos doce hombres desaparecen en lo hondo de las alforjas y sacan enredadas las joyas de oro, que destellan al temblor de las llamas.

LA VIEJA.-¡Jamás he visto tan rica pedrería!

EL CAPITÁN.-¿No queda nada en tus alforjas, Ferragut?

FERRAGUT.-¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN.-¿Y en las tuyas, Galaor?

GALAOR.-¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN.-¿Y en las tuyas, Fierabrás?

FIERABRÁS.- ¡Nada!

EL CAPITÁN.-Está bien. Tened por cierto, hijos míos, que pagaréis con la vida cualquier engaño. Alumbrad aquí, Madre Silvia.

LA MADRE SILVIA descuelga el candil. EL CAPITÁN requiere sus alforjas, que al entrar dejó sobre un escaño que hay delante del fuego, y los ladrones se acercan. Sobre aquel grupo de cabezas cetrinas y curiosas flamea el reflejo sangriento de la hoguera. EL CAPITÁN saca de las alforjas un lenzuelo bordado de oro, y, al desplegarlo, se ve que sirve de mortaja a una mano cercenada. Una mano de mujer con los dedos llenos de anillos y blancura de flor.

LA VIEJA.-¡Qué anillos! Cada uno vale una fortuna. No los hay ni más ricos ni más bellos. Aprended, hijos...

EL CAPITÁN.-¡Bella también es la mano, y mucho debía de serlo su dueña!

LA VIEJA.-¿No la has visto?

EL CAPITÁN.-No... La mano asomaba fuera de una reja, y la hice rodar con un golpe de mi

yatagán. Era una reja celada de jazmines; y, sin el fulgor de los anillos, la mano hubiera parecido otra flor. Yo pasaba al galope de mi caballo; y, sin refrenarlo, la hice caer entre las flores, salpicándolas de sangre. Apenas tuve tiempo para cogerla y huir... ¡Ay, si hubiera podido imaginarla tan bella!

EL CAPITÁN queda pensativo. Una nube de tristeza empaña su rostro, y en los ojos negros y violentos que contemplan el juego tiembla el áureo reflejo de las llamas y de los sueños. Uno de los ladrones alcanza la mano, que yace sobre el paño de tisú, e intenta despojarla de los anillos, que parecen engastados a los dedos yertos. EL CAPITÁN levanta la cabeza y fulmina una mirada terrible.

EL CAPITÁN.-Deja lo que no puedes tocar, hijo de una perra. Deja esa mano que en mal hora cortó mi yatagán. ¡Así hubieran cegado mis ojos cuando la vi! ¡Pobre mano blanca que pronto habrá de marchitarse como las flores! ¡Diera todos mis tesoros por unirla otra vez al brazo de donde la corté!

LA VIEJA.-¡Y acaso hallarías un tesoro mayor!

EL CAPITÁN.-Y por ver el rostro de aquella mujer diera la vida. Madre Silvia, tú que entiendes los misterios de la quiromancia, dime quién era.

EL CAPITÁN suspira y los ladrones callan asombrados de ver cómo dos lágrimas le corren por las fieras mejillas. LA MADRE SILVIA toma entre sus manos de bruja aquella mano blanca. Y, sin esfuerzo, la despoja de los anillos. Luego frota la yerta palma para limpiarla de la sangre y poder leer en sus rayas. Los ladrones callan y atienden.

LA VIEJA.-¡Desde el nacer, esta mano hallábase destinada a deshojar en el viento la flor que dicen de la buenaventura! Es la mano de una doncella encantada que, cuando dormía el enano su carcelero, asomaba fuera de la reja llamando a los caminantes.

EL CAPITÁN.-¡Con qué tierno misterio aún me llama a mí!

LA VIEJA.-Ojos humanos no la habían visto hasta que la vieron los tuyos, porque el poder del enano a unos se la fingía como paloma blanca y a otros como flor de la reja florida.

EL CAPITÁN.-¿Por qué mis ojos la vieron sin aquel fingimiento?

LA VIEJA.-Porque se había puesto los anillos para que más no la creyesen ni paloma ni flor. Y pasaste tú, y de no haberla hecho rodar tu yatagán, te habrías desposado con la encantada doncella, que es hija de un rey.

EL CAPITÁN calla pensativo. LA MADRE SILVIA, a la luz del candil, cuenta y precisa los anillos. FERRAGUT, GALAOR, FIERABRÁS y los otros ladrones hacen la división del botín.

FERRAGUT.-Dadme acá esos anillos, Madre Silvia.

GALAOR.-Dejad que los veamos.

FIERABRÁS.-¡Buen golpe ha dado el Capitán!

GALAOR.-¿No serán esos anillos cosa de encanto que desaparezca?

SOLIMÁN.-Si eso temes, te compro el que te caiga en suerte.

BARBARROJA.-Yo te lo compro, te lo cambio o te lo juego.

LA VIEJA.-Esplenden tanta luz, que hasta mis manos arrugadas parecen hermosas con ellos.

Después de estas palabras hay un silencio. Se ha oído el canto de la lechuzca, y todos atienden. Aún dura el silencio cuando en la boca de la cueva aparece una sombra con sayal penitente y lengua barba. Entra

encapuchada y doblándose sobre el bordón. En medio de la cueva se endereza y se arranca las barbas venerables, que arroja en el hogar, donde levantan una llanta leve y volandera. Los ladrones ríen con algarazara. EL CAPITÁN pasea sobre ellos su mirada.

EL ERMITAÑO.-Una nueva os traigo que no es para fruncir el ceño, Capitán.

EL CAPITÁN.-Dila pronto, y vete.

EL ERMITAÑO. Antes del amanecer pasará por el monte una caravana de ricos mercaderes.

Los ladrones se alborozan con risa de lobo que muestra los dientes. FERRAGUT afila su puñal en la piedra del hogar, y LA VIEJA echa otro haz en el fuego.

EL CAPITÁN.-¿Son muchos los mercaderes?

EL ERMITAÑO.-Son los hijos y los nietos de Eliván el Bojo.

EL CAPITÁN.-¿Y adónde caminan?

EL ERMITAÑO.-A tierras lejanas, con sedas y brocados.

EL CAPITÁN calla contemplando el fuego, y vuelve a sumirse en la niebla de su ensueño. En la cueva penetra cauteloso un perro, uno de esos perros vagabundos que de noche, al claro de la luna, corren por la orilla de las veredas solitarias. Se arrima al muro y, con las orejas gachas, rastrea en la sombra. Alguna vez levanta la cabeza y olfatea el aire. Los ojos le relucen. Es un perro blanco y espectral. Se oye un grito. El perro huye, y en los dientes lleva la mano cercenada, flor de alburá y de misterio, que yacía sobre el paño de oro. Los ladrones salen en tropel a la boca de la cueva. El perro ha desaparecido en la noche.

EL CAPITÁN.-¡Seguidle!

FERRAGUT.-Parece que las sombras se lo hayan tragado.

SOLIMÁN.-Entró en la cueva sin ser visto de nadie.

GALAOR.-Es un perro embrujado.

BARBARROJA.-Por suerte, se lleva solamente la mano, que de los anillos va había cuidado de despojarla Madre Silvia.

EL CAPITÁN.-¡Seguidle! La mitad de mis tesoros daré al que me devuelva esa mano. ¡Seguidle! Ferragut, Galaor, Solimán, batid el monte sin dejar una mata. Barbarroja, Gaiferos, Cifer, vosotros corred los caminos. ¡Pronto, a caballo! La mitad de mis tesoros tiene el que me devuelva esa mano, la mitad de mis tesoros y todos los anillos que habéis visto lucir en sus dedos yertos. ¡Pronto, pronto a caballo! ¿No habéis oído? ¿Quién desoye mis órdenes? A batir el monte, a correr los caminos, o rodarán vuestras cabezas.

El grupo de los ladrones permanece inmóvil en la encrucijada, y, más al fondo, los caballos con las sillas puestas muerden la yerba áspera del monte. La luna ilumina el paraje rocoso, batido por todos los vientos. Se oye que pasa a lo lejos la caravana lenta y soñolienta. LA MADRE SILVIA, desde la entrada de la cueva, deja oír su voz.

LA VIEJA.-Hijos míos, no corráis el mundo inútilmente, que moriríais de viejos a lo largo de los caminos sin hallar la mano de la Princesa... La caravana pasa, y aprovechad el bien que os depara la suerte.

EL CAPITÁN.-Calla, vieja maldita, si no quieres que te clave la lengua con mi puñal.

FERRAGUT.-¡No lo permitiera yo!

SOLIMÁN.-¡Ni yo!

BARBARROJA.-La Madre Silvia habla en razón.

GALAOR.-El Capitán ha sido hechizado por aquella mano que cortó.

CIFER.-Yo por nada del mundo me pondría uno solo de esos anillos.

GAIFEROS.-Yo, si alguno me toca en suerte al repartir el botín, desde ahora lo renuncio.

EL CAPITÁN.-¡Callad, hijos de una perra! Yo iré solo, pues de ninguno necesito. Vosotros quedad aquí esperando la soga del verdugo.

Adelanta un paso hacia el grupo de su gente, y queda mirándolos con altivo desdén. Los ladrones esperan torvos y airados, prevenidas las manos sobre los puñales. Se oye más cerca el rumor de la caravana que cruza por el monte. EL CAPITÁN, con una gran voz llama a su caballo, monta y se aleja.

LA VIEJA.-¡Aguarda un consejo!

GAIFEROS.-No le llaméis, que no habrá de escucharos.

ARGILAO.-Ya nunca volverá.

DERRAGUT.-Desde ahora yo seré vuestro Capitán.

BARBARROJA.-Yo lo seré.

SOLIMÁN.-Ved que todos pudiéramos decir lo mismo.

GALAOR.-Lo echaremos a suertes.

CIFER.-Que los dados lo decidan.

LA MADRE SILVIA tiende en el suelo el paño de oro que fue mortaja de la mano blanca, y los ladrones fían su suerte a los dados, mientras, por el camino que ilumina la luna, corre un jinete en busca de la mano de la PRINCESA QUIMERA.

Sección "Drama corto y desconocido" a cargo de Justo Alarcón
Edición digital Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06